

BLANCA

Otra vez llegó el verano, mi hermana y yo esperábamos todo el año con impaciencia esta fecha del año. El fin de las clases y con ellas el principio de nuestras vacaciones. La playa. El sol. La arena. La mar. Pero sobre todo, los ojos impacientes de Blanca.

Todavía recuerdo a mi padre refunfuñando, cargando con las maletas repletas de ropa para pasar todo el verano fuera de Madrid y preguntando a mi madre que llevaba en ellas si sólo necesitábamos unos bañadores y unas camisetas.

El tren a Algeciras comenzaba su andadura con ese soniquete que nos sabía a salitre y a horas inolvidables junto a Blanca. Después de agotadoras horas de viaje llegábamos a casa y justo en la puerta allí estaba la figura imponente del abuelo y a su lado, Blanca. Parecía que no se había movido. Seguía en el mismo sitio que hacía un año nos despidió. Allí estaban, sus ojos, esos ojos llenos de vida y curiosidad. Nada había cambiado, el tiempo se había parado, corría a nuestro encuentro alegre, traviesa, juguetona, con ganas de exprimir el verano.

Blanca era la hija de Capacha una perra simpática que guardaba el huerto y que permanecía inmóvil horas y horas bajo el sol de Cádiz. Desde cachorro, había sido especial, formaba parte de una camada de perros preciosos, menos ella, que era marrón, flaca y con las patas delgadas como palillos, pero su mirada era mágica, tenía los ojos más azules y profundos que he visto jamás. Unos ojos capaces de provocar una ternura especial que a día de hoy todavía me conmueve.

Mis abuelos decidieron donar todos los cachorros a una pareja que les encantaban los animales, pero Blanca no estaba dispuesta a cambiar de casa, se escabulló por una rendija de la puerta y estuvo desaparecida dos días, al cabo de los cuales vimos aparecer a esa pequeña perrita flacucha y mal parecida, sucia y hambrienta. Desde ese día supimos que Blanca era única y que había pasado a formar parte de nuestros corazones.

Los días de verano, pasaban lentos y calurosos en su compañía. Nos encantaba pasear por la playa de arena fina con la única diversión de una pelota que nos traía una y otra vez como si

BLANCA

fuera el mejor de los presentes. Cuando nos íbamos a pescar ella permanecía en la orilla, vigilante, quieta, con aquellos ojos que contenían toda la inmensidad de la mar.

Blanca había formado parte de la familia desde hacía mucho tiempo. Había sido una amiga fiel y leal durante más de una década y ese verano la notábamos diferente. Ya no ladraba a las vacas que, ajenas a todo, paseaban por delante de casa. Ya no saltaba delante de nosotros con la misma energía que antes.

Blanca se hacía mayor. Aquellos ojos azules que me habían cautivado desde la primera vez que se cruzaron con los míos estaban cansados, su azul era casi gris, pero mantenían esa chispa de inteligencia casi humana que la hacía única.

Los días pasaban inexorables, el final del verano se acercaba y con él la vuelta a casa, a la rutina, al colegio. Desde hacía unos días la vieja Blanca ya no nos acompañaba a nuestros paseos matutinos por la playa y apenas comía.

Justo un día antes de irnos el abuelo nos llamó con una cara muy seria y nos dijo que fuéramos a ver a Blanca, que estaba muy malita y no creía que aguantase mucho. Nos acercamos a su rincón, y allí estaba ella, acurrucada, parecía más pequeña, vulnerable, respiraba con dificultad. Se percató de nuestra presencia y nos miró con una gran serenidad. Me acerqué y me zambullí en la profundidad de sus ojos azules y sentí todo su inconmensurable amor. Allí estaba Blanca, la fiel compañera, Blanca, la traviesa, Blanca la divertida, en definitiva, Blanca, nuestra amiga. Se le escapaba la vida y nosotros éramos testigos de excepción de su último viaje. Murió tranquila y con el convencimiento de que lo había hecho bien. Nos quedó un sabor agri dulce en la boca, se nos había ido pero también sabíamos que éramos afortunados de haber tenido el honor de conocerla y de haber formado parte de su vida.

Aquellos ojos azules se apagaron, pero después de muchos años, cada vez que volvemos a casa de los abuelos, el reflejo del cielo en el mar nos habla de ellos.